



CARTA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

Las vocaciones al sacerdocio, fruto del Año Sacerdotal

Mis queridos diocesanos:

Ya hemos cruzado el “ecuador” del Año Sacerdotal. En efecto, hemos cubierto siete meses desde su proclamación por parte del Papa Benedicto XVI, en Junio de 2009, pero todavía nos quedan otros cinco meses hasta su clausura, en Junio del presente año.

Si hiciéramos un recuento de los esfuerzos habidos en estos meses para vivir el verdadero espíritu de este Año Sacerdotal podríamos decir que han sido muchos pues la Iglesia entera ha tenido como centro de su oración, reflexión y revisión el ministerio sacerdotal y los sacerdotes.

Hemos reflexionado sobre la grandeza del ministerio sacerdotal en su identidad y misión; hemos redescubierto lo importante que son las muestras de amor y de gratitud hacia nuestros sacerdotes; hemos dado gracias a Dios por ellos, a la vez que hemos encomendado al Señor su ministerio y sus vidas; hemos descubierto los grandes retos que hoy se les plantean a los sacerdotes y las dificultades que encuentran para cumplir su misión.

Sin embargo, mis queridos diocesanos, debemos seguir reflexionando y orando por ellos para que todo cuanto constituye la esencia de su identidad y de su misión sea una realidad positiva en cada uno de nuestros sacerdotes.

Los sacerdotes podemos afirmar que nuestra vivencia sacerdotal -en estos meses que llevamos del Año Sacerdotal- ha sido realmente intensa e importante. Además, a la vez que hacemos esta afirmación, estamos comprometidos en seguir esforzándonos en vivirla así en el tiempo que nos queda hasta la clausura de este Año de gracia, tratando de descubrir el perfil del sacerdote que Cristo y el mundo actual necesitan, convirtiendo nuestras vidas y respondiendo en fidelidad al Señor y al hombre actual.

Sin embargo puede ser que, en todo este planteamiento y vivencia que estamos teniendo del Año Sacerdotal, todos (religiosos, sacerdotes y laicos) descubramos una carencia, una ausencia importante: la preocupación, el cultivo y la búsqueda de nuevas vocaciones sacerdotales. Seguimos sin atrevernos a plantear abiertamente a algunos jóvenes este camino como ideal de vida donde se puede ser feliz; seguimos pensando que van a decirnos que no y por eso no se lo planteamos.

Es verdad que hemos rezado y rezamos -¡y mucho!- por las vocaciones al ministerio sacerdotal. Es absolutamente necesario e importante que lo hagamos y lo sigamos haciendo. Pero la preocupación, el cultivo y la búsqueda de nuevas vocaciones pide de nosotros, además, ser conscientes de que Dios sigue llamando

hoy a través nuestro, a través de las familias, del testimonio de los sacerdotes, de las necesidades de la comunidad, del aprecio a los sacerdotes por parte de la comunidad cristiana.

No podemos olvidar que el Señor -aunque es Él quien actúa en el corazón de las personas y las capacita para dar su "sí" más generoso- ha dejado en nuestras manos la llamada explícita y abierta, la propuesta vocacional al sacerdocio a jóvenes concretos, para que seamos nosotros quienes les hagamos esa propuesta de vida como el interrogante que inquiete la generosidad de los jóvenes para que - con la gracia del Espíritu y hecha nuestra propuesta explícita- respondan generosamente al Señor por el camino de la entrega de su vida en el sacerdocio al servicio de Dios y de los hermanos.

En esta propuesta vocacional explícita hay tres agentes especialmente implicados: la familia, los sacerdotes y la comunidad cristiana.

1. **La familia:** la respuesta de los hijos a la posible vocación sacerdotal depende, en gran parte, de la valoración que la familia haga de la misma, del ánimo que el joven reciba en ella y de la ilusión que, principalmente, los padres expresen por tener en la familia un sacerdote. Si la familia considera una verdadera y auténtica bendición de Dios que uno de sus miembros pueda ser sacerdote -y eso se expresa en el diálogo familiar- el joven que pueda sentir la llamada de Dios por ese camino va a encontrar en la familia un gran apoyo, un estímulo y el ánimo necesario para su entrega a Dios en el sacerdocio. Es por eso que la familia deberá ayudar a los hijos a plantearse la llamada a la vida sacerdotal y a responder positivamente al Señor si perciben que Él les llama por este camino.

2. **Los sacerdotes:** nosotros debemos ser los principales agentes de pastoral vocacional desde el testimonio de una vida feliz como sacerdotes. Hemos de ser testigos de nuestra alegría sacerdotal siempre. Pero -junto a este testimonio alegre de nuestro ser sacerdotes- además, como os decía, habremos de hacer la propuesta clara y explícita a algunos jóvenes que puedan manifestar indicios de una llamada al sacerdocio ministerial como camino de felicidad. Felicidad que puedan ver que nosotros hemos encontrado haciendo de la vida sacerdotal una vocación que merece la pena seguir.

Todo sacerdote debe ser consciente de la responsabilidad que pesa sobre él de hacer esta propuesta explícita, clara, directa y personal, una y otra vez. Igualmente, de su deber de acompañar al joven en su respuesta; de dialogar con sus padres sobre esta posibilidad como camino de realización personal para su hijo; y de encomendar al Señor nuestras propuestas concretas a chicos concretos. Éste debe ser el camino que debemos seguir. Nunca debemos quedarnos paralizados sin hacer una propuesta seria, clara y valiente que sea capaz de suscitar interrogantes pensando que nos van a contestar negativamente.

Por eso todo sacerdote debe sentirse responsable de la situación vocacional de la Iglesia y, por tanto, debe esforzarse en suscitar interrogantes vocacionales en los jóvenes que hagan surgir las necesarias vocaciones a quien entregar el día de mañana el testigo de la misión que el sacerdote tiene encomendada.

3. La comunidad cristiana: toda la comunidad cristiana debe ser agente y promotora de vocaciones sacerdotales desde la valoración y el aprecio por la labor del sacerdote y por el sacerdote mismo, como alguien que está entregado al servicio de toda la comunidad.

La comunidad entera necesita del sacerdote que le explique la Palabra, que realice la Eucaristía, que administre los sacramentos, que evangelice este mundo descristianizado y ayude a otros a sentirse y a ser evangelizadores de este mundo y de esta sociedad impregnados de un laicismo donde Dios está ausente no porque Él no esté presente sino porque nos empeñamos en echarle fuera de nuestra vida y de nuestro entorno.

Que este Año Sacerdotal nos impulse a todos a cumplir con nuestro deber de ser verdaderos agentes y promotores de vocaciones sacerdotales en nuestra Iglesia convencidos de que Cristo sigue llamando hoy. Sí, mis queridos diocesanos: hoy sigue habiendo jóvenes generosos que -si se les ayuda- serán capaces de entregar su vida al servicio de Dios y de la humanidad en el sacerdocio. Hoy, más que nunca, la Iglesia sigue necesitando del ministerio de los sacerdotes para cumplir la misión de evangelizar que el Señor le ha confiado.

Con mi afecto y mi bendición.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria